

# DE RONCESVALLES A ORDESA

## LEYENDA DE ROLANDO

POR MARCOS FELIU

Resulta en extremo fascinador adentrarse en los terrenos de la leyenda. Y la Montaña se identifica siempre con interesantes leyendas, que nos descifran el misterioso origen de su toponimia. Generalmente es difícil encontrarlas, pues éstas no salen al paso sin buscarlas, mas si preguntamos y las buscamos las hallaremos y merece la pena.

Todo montañero que visita el parque de Ordesa y sus cumbres, suele quedar perplejo. Entre aquellas bravas cumbres de más de 3.000 mts., existe un collado espectacular por lo tajante, denominado la Brecha de Roland. Al identificar este nombre con el del célebre héroe franco, capitán de Carlomagno derrotado en Roncesvalles; la distancia de los dos escenarios causa honda confusión. Pero nada es obstáculo para la leyenda que lo explica todo. Célebre por su valor el gran Roland pasó a la historia, la fantasía humana adornó sus hechos guerreros y caballerescos en varios Cantares de Gesta. Se mezcló lo histórico con lo fantástico. ¿Está mal hecho? Creemos que no, pues la historia de Roland es bella y la memoria de sus hazañas perdurará a través de los siglos.

Corría el año 777 de nuestra era. El primer califa de Córdoba, Abderramán era casi dueño absoluto de España. El walí de Zaragoza, Suleiman-ben-Alarabi dejándose llevar por su ambición personal pensó en levantarse contra el poderoso Abderramán. Para ello no fiándose en demasía de sus propias fuerzas, requirió la ayuda de los francos. Aceptó Carlomagno, aunque parece ser que con intenciones un tanto diferentes a las de auxiliar a Alarabí en su rebeldía. Quizás pensó que este acto de su aliado era un síntoma de desmoralización del imperio árabe y esta circunstancia le permitía ensanchar sus dominios. Tal importancia concedió a este propósito que determinó ponerse él mismo al frente de uno de los ejércitos expedicionarios, rodeándose de la flor y nata de la caballería y nobleza francesa. Roland, el esforzado, el invencible no podía faltar en tal selección.

Vino la primavera del año 778, Carlomagno penetra en España por Ibañeta al frente de un poderoso ejército, mientras otro lo hace por el pirineo catalán.

Ninguna resistencia tuvo que vencer en su avance este enorme ejército. El nombre de Carlomagno, el poderoso aspecto de sus huestes, eran suficientes para ahogar cualquier idea de oposición. Ciudades y aldeas se rendían nada más verlos. El walí de Pamplona hizo entrega incondicional de la ciudad. Y siguiendo su arrolladora marcha llegaron por fin a las puertas de Zaragoza. Pero la general sumisión había terminado ya. En vez de salir a recibirle, Zaragoza cerró hostilmente sus puertas y muros, dispuesta a negarle el paso. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué fue de la alianza con Suleimán-ben-Alarabí? Sin duda éste, advertido de que los francos venían en son de conquistadores en vez de aliados, pensó que era preferible la sumisión a Abderramán, y por su parte rompió el pacto con Carlomagno. Detúvose el conquistador ante Zaragoza y pronto pudo apreciar cuan aventurada era su situación. Despierto ya el espíritu de independencia, comenzaron los levantamientos de armas los habitantes de aquellas regiones. Musulmanes y vascones rivalizaban en hostilizar al ejército franco. Y el rey temeroso del desastre si se enfrentaba todas esas muchedumbres de españoles y moros irritados decidió volver a Francia.

Insufrible vergüenza para un emperador vencedor en todos sus campos de batalla. Esto se tradujo en infinidad de actos bárbaros, todos los poblados que cruzaban eran saqueados, ya fuesen moros ya cristianos. Pamplona fue desmantelada como última manifestación de furor de la impotencia. Y llegó la rota de Roncesvalles.

Faltos de una organización militar, los vascos no podían presentar batalla al ejército de Carlomagno en tierra llana. Por eso aguardaron el paso de los francos en las cumbres pirineicas. Parapetados tras las breñas y riscos de las alturas, dejaron pasar el primer cuerpo del ejército franco dirigido por el emperador. El segundo ejército compuesto por la nobleza y los bagages y tesoros recogidos en la expedición, iba capitaneado por Roland. Al resonar un cuerno de guerra, se inicia el ataque, que sorprende a los francos sin poderse revolver en una hondonada. Son aniquilados por las rocas y los dardos que les llueven de arriba. Pero es mejor que esta memorable hazaña la tomemos del canto de guerra que la narra conservando todo su rudo sabor a través de los siglos; El Atzobiscar Kantua.

«Un grito ha salido del centro de las montañas de Vasconia; y el Etxeco-Jaun de pie delante de su puerta, escuchó y dijo; ¿Qué es esto? Y el perro que dormía a los pies de su amo se levantó y sus ladridos resonaron en todos los alrededores de Atzobiscar. Un ruido retumba en el collado de Ibañeta; vieneses aproximando por las rocas de derecha a izquierda; es el sordo murmullo de un ejército que avanza. Los nuestros le han respondido desde las cimas de las montañas; han tocado sus cuernos de buey y el Etxeco-Jaun aguza sus flechas.

«¡Que vienen! ¡Que vienen! ¡Oh, que bosque de lanzas! ¡Que de banderas de diversos colores se ven ondear en medio! ¡Cómo brillan sus armas! ¡Cuántos son? ¡Mozo cuéntalos bien! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce, trece, catorce, quince, dieciseis, diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte. ¡Veinte y aún quedan más millares de ellos! Sería tiempo perdido quererlos



Roncesvalles frío y brumoso en una viva estampa nórdica, aspecto muy clásico de esta zona pirenaica.

(Foto Juan María Feliu)

contar. ¡Unamos nuestros nervudos brazos; arranquemos de cuajo esas rocas; lancémoslas de lo alto de las montañas sobre sus cabezas; aplastémoslos, matémoslos!

«¿Y qué tenían que hacer en nuestras montañas estos hijos del norte? ¿Por qué han venido a turbar nuestro reposo? Cuando Dios hizo las montañas no fue para que las flanquearan los hombres. Las rocas caen rodando y aplastan a los francos; la sangre corre en arroyos. ¡Qué de huesos molidos! ¡Qué mar de sangre!

¡«Huid, huid, los que todavía conservais fuerzas y un caballo! Huye, rey Carlomagno, con tus plumas negras y tu capa encarnada. Tu sobrino, tu más valiente, tu querido Roland, yace tendido allá abajo. Su bravura no le ha servido de nada y ahora Euscaldunaks, dejemos las rocas, bajemos aprisa lanzando flechas a los fugitivos.

«¡Huyen! ¡Huyen! ¿Qué se hizo de aquel bosque de lanzas? ¿Dónde están las banderas de colores que ondeaban en medio? Ya no despiden resplandores sus armas manchadas de sangre. ¿Cuántos son? Mozo, cuéntalos bien. Veinte, diecinueve, dieciocho, diecisiete, dieciseis, quince, catorce, trece, doce, once, diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno. ¡UNO! ¡Ni uno siquiera hay ya! Se acabaron. Etxeco-Jaun, ya puedes retirarte con tu perro y abrazar a tu esposa y tus hijos, a limpiar tus flechas, a encerrarlas con tu cuerno de buey, a

acostarte después y dormir sobre ellas. Por la noche, los buitres vendrán a comer estas carnes machacadas, y todos esos huesos blanquearán eternamente.

Al lado de un pedregoso sendero que está cubierto en una gran extensión de cadáveres, hay un caballo tumbado patas arriba. Tiene en el pecho una flecha hundida, está muerto. Un peñasco que bajó rodando por la ladera le dio en las ancas y lo derribó con terrible violencia. También boca arriba, y con ambas piernas aprisionadas bajo el peso del caballo, está el jinete. Es Roland, no ha muerto, ni está herido. Al caer el caballo chocó su cabeza contra el duro suelo, pero su casco brillante evitó que se partiera el cráneo, mas quedó sin sentido por largas horas. Roland abre los ojos, entorna los párpados y esfuerza la memoria. Después vuelve a abrir los ojos y gira la cabeza a ambos lados; observa reflexiona y comprende al fin. Siente lamentaciones de algunos heridos, ya dolorosas, ya llenas de rabia. En el fondo del valle ve grupos de enemigos que se llevan el botín de su victoria. La mirada de Roland es un relámpago de ira. Mas una sacudida nerviosa le conmueve el cerebro y queda turbado. Un sopor le invade y el bravo caballero cae en un sueño reparador.

La noche oculta el horror de aquel fúnebre paisaje. Y protegidas por las tinieblas acuden centenares de fieras; es la horrenda hora del festín. El frío del amanecer despeja la cabeza de Roland y estimula sus músculos. Tira vigorosamente de sus entumecidas piernas. Pero el peso del caballo muerto no puede ser vencido de esta forma. Roland apelará a uno de esos esfuerzos extraordinarios que en los momentos críticos de su vida le han puesto por encima de los demás hombres. Ve a su alcance un peñasco y alargando el brazo, pone sobre él la mano derecha. Concentra toda su voluntad en el esfuerzo que va a hacer; cierra los ojos y aprieta una mandíbula contra la otra, el brazo afianzado en la roca adquiere tensión. La otra mano, apoyada su palma en el suelo dispone a completar la obra. Y Roland tensando los músculos, va tirando y su cuerpo va saliendo poco a poco. Cruje el peñasco, próximo a desgajarse, pero ya las piernas de este se hallan en libertad. Suelta la roca y donde el caballero hizo presa, quedan las huellas de sus dedos, tal como pueden verse hoy día.

Trágica soledad envuelve a Roland. Los que agonizaban murieron ya. Desde el alba, mil aves siniestras acuden al barranco para continuar el festín que inician los cuadrúpedos. Roland se aleja monte abajo, pues por el puerto merodean numerosos enemigos sobre el resto del deshecho ejército y no se siente con fuerzas para cruzar entre ellos luchando contra todos. Desciende hacia la salida del valle ocultándose entre el bosque. Poco a poco va volviendo la elasticidad a sus piernas y se siente en posesión de nuevas energías al acariciar la empuñadura de su famosa espada Durindana. En un arroyo se detiene para aplacar su sed y reposar. Su oído advierte la presencia de cuatro guerreros que llegan cargados de botín. No puede eludir su presencia por lo que resuelve matarlos, cuando se hallan a unos treinta pasos arremete contra ellos como un rayo, enarbolando su Durindana. Los guerreros, sorprendidos apenas tienen tiempo de soltar los fardos, sus cuatro cabezas caen trágicamente sobre la hierba. Roland, reúne el botín; lo cubre de leña y arroja sobre el montón los cuatro cuerpos decapitados y hace

con todo una hoguera. Y sobre cuatro piedras coloca las cabezas con el rostro vuelto hacia el fuego.

A partir de este momento se despierta el furor del caballero y el convencimiento de que su brazo es tan poderoso como antes. Requiere su cuerno y lanza estruendosos toques de desafío a los cuatro vientos. Reanuda su marcha con paso firme, internándose cada vez más en país hostil. A saltos, a zancadas avanza sin cesar hacia Oriente, faldeando ásperos montes. Cuando se diría que se detiene para tomar aliento, lo que hace es empuñar su cuerno de guerra y llenar el espacio de bramido que se extienden como truenos a lo largo de los barrancos.

Los habitantes de los valles tiemblan cada vez que sienten estos ecos que vienen de las montañas. Cuando el hambre, la sed o las excesivas dificultades conducen a Roland a la tierra baja, despueblan las aldeas temerosas de su venganza. Sólo cuando se han alejado los ecos de su cuerno renace la calma. Entonces los hombres piensan que fue excesivo su miedo y se unen para seguir al furioso francés. Poco a poco se ha formado una partida numerosa que pretende vencer al perseguido caballero. Los más conocedores de las montañas urden diversos planes para atajarle y rodearle, más todos fracasan, pues el vigor de Roland le permite escalar barreras y salvar abismos. Mas una vez le sorprenden de noche acostado en el fondo de un reducido barranco rodeado de paredes. Los más audaces prevenidas sus armas, irrumpen en el callejón formando apretada masa. Pero advertido por su fino oído Roland cae sobre ellos de súbito, y repartiendo mandobles que cubren de muertos el suelo, pone en dispersión a sus atacantes. Otra vez su ronco cuerno vibra triunfante, llevando la consternación a muchas leguas. Un miedo supersticioso se extiende por todo el pirineo central. Roland es invencible y está allí para asolarlo todo, desde las altas cumbres hará rodar inmensas peñas que aplastarán pueblos enteros.

Con trabajo van rehaciéndose sus perseguidores, que caminan tras él a exagerada distancia. Pero observa que cada vez son mayor número y piensa que al final sucumbirá en una emboscada. Está entonces en el valle del Arazas (hoy Ordesa), piensa que aquel lugar será bueno para atravesar la barrera pirenaica, pues así sus perseguidos no le podrán seguir a través de tan rudas dificultades.

No la piensa más, después de sumergirse en las frías aguas del río, tras vestirse y acomodarse sus armas, siente una oleada de calor recorrer su vigoroso cuerpo y se interna en el espeso bosque siguiendo un barranco tributario del Arazas. Se detiene a escuchar, ningún ruido de seres humanos, puede marchar tranquilo a su amada Francia, donde espera hallar partidarios para organizar una expedición vengadora del desastre de Roncesvalles, donde el buen rey Carlomagno le llora perdido. A terminado de ascender entre el bosque ahora unas paredes le cierran el paso, buscando encuentra un lugar para escalarla valerosamente. Luego llega a unos lugares más llanos que le producen una extraña sugestión; a pesar de su impaciencia por dar terminada su travesía de las últimas cumbres que le separan de Francia, se detiene atraído por lo que ven sus ojos. De diversas direcciones llegan cuatro o cinco arroyos, que se confunden en uno solo, este apenas formado, desaparece en un agujero. Asomado al sumidero con-



Cruz de los peregrinos (S. XII). A unos 350 metros de Roncesvalles, en la carretera de Burguete y en su lado derecho, se halla elevada sobre unas gradas cuadrangulares la «Cruz de los Peregrinos», que Burges y Huarte llaman siempre la cruz vieja y la cruz antigua.

(Foto Juan María Feliu)

templando el fenómeno, presta atención a los sonidos que del profundo del abismo llegan a sus oídos. Quiere dudar y no puede, es imposible cuando oye claramente su propio nombre dicho en lengua materna. Aferrado a la peña, mira fijamente al sumidero, pero no contesta. ¡Quién sabe que hechicería existirá en el fondo! En este país maldito, donde pereció su ejército, es posible que hasta las furias del averno se alíen contra él para detener su paso y aniquilarle.

Pero la voz misteriosa insiste en llamarle. —Roland, escucha; deten tu marcha al otro lado te aguarda un peligro mayor: la muerte. El sol va a ocultarse. Mañana podrás pasar... Roland piensa que se le pretende detenerlo un día para que le puedan alcanzar y rodear sus perseguidores y con arrogancia increpa a la voz que surge del sumidero: Traidora voz; mañana estaré al otro lado, burlándome de tu consejo. Y un día he de volver aquí mismo para ahogarte llenando de piedras tu garganta. Y se pone en marcha, mientras detrás de él la voz sigue diciendo: Mañana no existirás... Veo un remolino que oculta el sol. Veo una llamarada en el cielo y al soberbio Roland disuelto en ella.

Crispado el caballero continúa su ascensión por parajes cubiertos de obstáculos. Por fin se le ofrecen a la vista próximas ya las montañas terminales, las más elevadas y las últimas que le separan de su patria. A la derecha una montaña redondeada a semejanza del casco que lleva en su orgullosa cabeza, a la izquierda otra elevada cima y entre ellas una formidable pared vertical. A su pie una faja de nieve, pese a ser agosto, las cumbres también están nevadas en grandes extensiones. Se detiene Roland pensando como escalar esta muralla, entonces sucede algo que distrae su atención; el sol ha perdido gran parte de su resplandor. A su mente acuden las palabras oídas en el sumidero de Saralons: «El sol va a ocultarse» Vuelve la mirada a atrás y ve que en el valle está oculto por una densa niebla. ¿Resultará cierta la predicción? Por un momento el caballero vacila. Incluso piensa en retroceder para sustraerse a los espantosos designios anunciados. Pero es entonces cuando llegan a sus oídos unos ladridos lejanos, que en breves momentos se repiten y se acercan. Vienen de abajo de los lugares envueltos por la nube. Forman ya una loca algarabía que se acerca como un tromba. El héroe comprende; sus perseguidores, viéndose incapaces para luchar contra él, han lanzado sobre sus huellas una jauría de feroces mastines, que han encontrado su rastro y le siguen frenéticos. Si en vez de mastines que lo acosaran como un jobalí fueran hombres, entonces no temería nada ¿qué podía hacer? Pegar la espalda contra una roca; destrozarse con su Durindana unos cuantos canes; pero los demás le mantendrán acorralado mientras llegan sus enemigos que entonces lo podrán atravesar con sus flechas... Esta idea le enloquece y la furia se desata en su cerebro. Mira en torno para dominar el terreno que pisa: el paisaje se oscurece trágicamente, el sol parece haber desaparecido; brama el viento con sonidos roncós y lúgubres, las cimas de las montañas que cubren de nubes. De pronto allá abajo, rasga el aire un estridente estampido, al propio tiempo que un resplandor domina la claridad del día.

Roland se siente combatido por el furor de los hombres y el de los elementos. Pero no tiembla. Su furia le ha transfigurado y más que la víctima, parece el

dueño y señor de aquel infernal torbellino. El eco remoto de una trompa guerrera le enardece aún más. Marcha con paso firme hacia el murallón que tiene delante; va a escalarlo, de pie sobre el borde, con los pies pisando la tierra patria, lanzará al embravecido viento los sonos retadores de su cuerno.

Ya la espesa nube ha llegado sobre él, cubriendo la ingente barrera que, como último escalón le separa de su patria; Roland toca con sus manos la superficie del murallón. Mira, escruta inútilmente; no halla una hendidura en la roca que le sirva para escalarla. Y sin embargo es preciso dominar aquella pared. El fracaso le arrebató; detenerse allí es el desastre, es morir contra la pared de la casa propia por no haber encontrado la puerta salvadora.

La tormenta está en su apogeo; la bárbara sinfonía del viento estrellándose contra el muro ensordece a Roland; brillan sin interrupción en torno suyo los relámpagos y los truenos se suceden con espantable estruendo. Salta Roland de un lado a otro, buscando un paso a través del pétreo muro, dando estruendosas voces; ¡Una puerta! ¡Abreme una puerta, patria mía! Vuélvese de súbito; ha sentido junto a sí el hálito de uno de los mastines que llegan; lo ve, próximo a acometerle; no está solo; son ya dos, que con los pelos erizados y las fauces entreabiertas, van a lanzarse a su garganta, Roland no aguarda; cierra contra ellos y de dos mandobles los divide.

Después en el parexismo del furor, se acerca a la descomunal barrera de roca y aulla, más que grita:

—¡Oh patria! ¡Me niegas una puerta! Pues bien: ¡Yo la abriré!

Y alzando su fiera Durindana, la empuña con todas sus fuerzas y con ambas manos, descarga un tajo indescrípible. Rásgase de arriba abajo el imponente muro, y a través de la brecha, enorme la brecha de su nombre, ve Roland, por un momento los montes y el cielo azul en la lejanía, de su amada Francia.

Por un momento nada más; porque a la enarbolada Durindana acude, celoso de su poder, un rayo del cielo que fulmina al héroe.